

# Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:  
Christopher Lee. Flema inglesa

Autor/es:  
Molina Foix, Juan Antonio

Citar como:  
Molina Foix, JA. (1998). Christopher Lee. Flema inglesa. Nosferatu. Revista de cine. (27):35-37.

Documento descargado de:  
<http://hdl.handle.net/10251/41070>

Copyright:  
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



**donostiakultura.com**

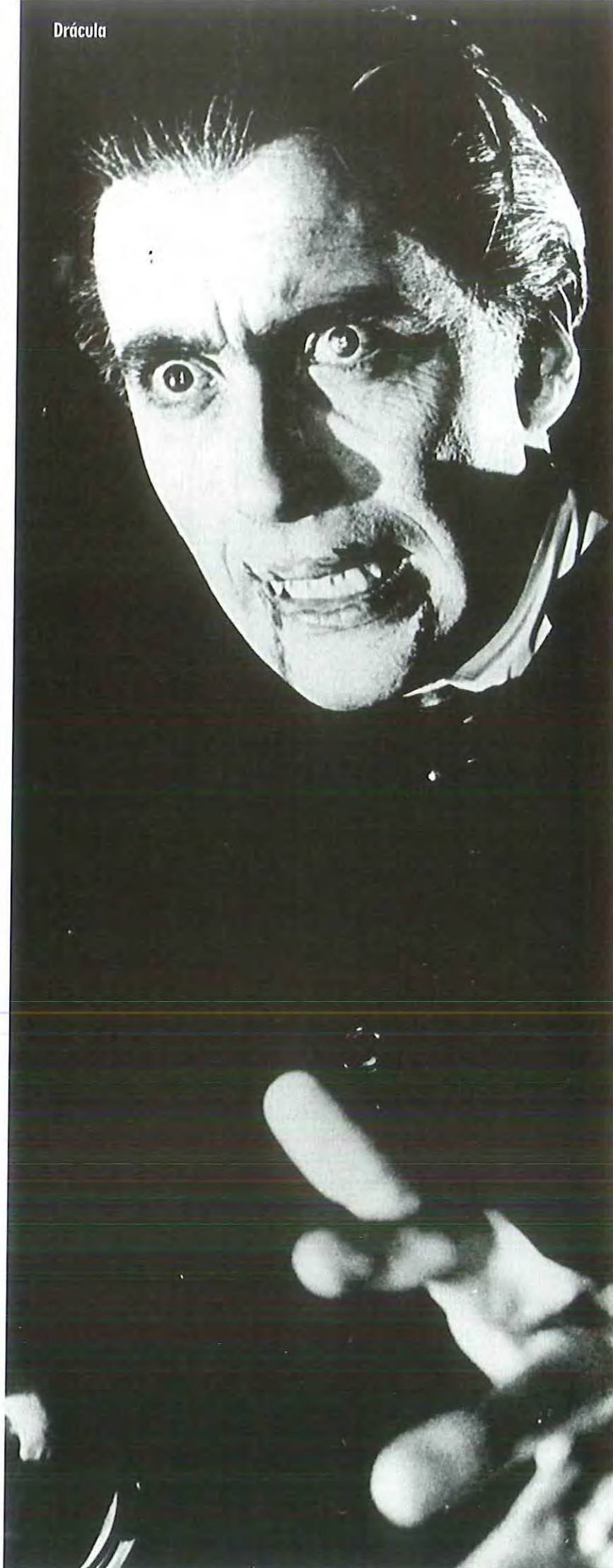
# Christopher Lee

*Flema inglesa*

**Juan Antonio Molina Foix**

*Istorio berean oinarritutako hainbat pelikula ikusiz gero ere, bertsio berri batek harritu eta liluratu zaitzake batzuetan. Gidoilariak jatorrizko testua erabili duten moduari, primerako aktoreak agertzeari eta abarri zor zaio hori.*

**L**a noche era extremadamente cálida y seca y la pensión parecía un horno. Algunos compañeros seguían estudiando en sus habitaciones para el temible examen de Reválida del día siguiente. Otros prefirieron refrescarse un poco dando un paseo por el parque. Mi opción les pareció a todos desconcertante: me fui al cine de la esquina a ver **La maldición de Frankenstein** (1957). Aquel disparate u ocurrencia mía supuso inesperadamente mi primer encuentro con un actor desconocido, Christopher Lee, cuya carrera seguiría a partir de entonces muy de cerca. Por aquel entonces yo no había visto todavía la versión clásica de Whale con Karloff, aunque conocía las muchas secuelas de los años cuarenta que poco o nada tenían que ver con la novela de Mary Shelley, cuya lec-



tura tanto me había fascinado. Sin entrar en otras consideraciones sobre el impacto que me produjo la película, me llamó poderosamente la atención el tratamiento tan distinto del texto original y sobre todo las fuertes personalidades de sus dos intérpretes, un tándem tan perfecto e irrepetible que ni el mismo Poe fue capaz de soñar algo parecido: el locuaz y vehemente Peter Cushing y el lacónico y flemático Christopher Lee, que a partir de entonces se convertirían en los Zipi y Zape del cine de terror.

Oculto tras la conveniente máscara que apenas le permitía exteriorizar sus pensamientos más íntimos, pero físicamente más cercano que ningún otro antecesor a la criatura que ideó Mary Shelley, Christopher Lee impresionaba sobre todo por su extraordinaria presencia física en pantalla. ¿De dónde salía este oscuro actor que tanto iba a cambiar las concepciones del terror cinematográfico? Nacido en Londres en 1922 (de ascendencia gitana por parte de padre e italiana por su madre), durante años su imponente estatura le había relegado a papeles de composición tan insustanciales como vistosos: desde el ridículo y gesticulante oficial (con tricornio y casaca) de **El temible burlón** (1952) hasta el forzado pintor neopresionista francés Seurat

en **Moulin Rouge** (1952), por no mencionar sus episódicas apariciones en **Hamlet** (1948), donde se encontró por vez primera con Peter Cushing, o **Moby Dick** (1956).

En el caso de **La maldición de Frankenstein** fue precisamente su descomunal envergadura lo que le dio el papel, aunque ciertamente le venía como anillo al dedo. Esa prolongada experiencia de personajes prácticamente sin voz le había obligado a trabajar más con el cuerpo que con el rostro, a emplear más los músculos que el cerebro, permitiéndole desarrollar considerablemente sus dotes mímicas. Su caracterización de la criatura sorprendía sobre todo por su notable acercamiento físico y su perfecta adecuación anímica al trágico personaje, que de esta manera recuperaba su horripilante y sufrida humanidad, a diferencia de anteriores interpretaciones, auténticos robots que matan y aterrorizan a su víctimas mecánicamente, inexorablemente, a causa de su maldad congénita e ineludible. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurrió con Karloff, este personaje (que nunca más volvería a interpretar) no iba a ser el que le encumbrara definitivamente.

Con cerca de cuarenta películas a sus espaldas y más de treinta y

cinco años de edad, la consagración definitiva de Lee tuvo lugar con **Drácula** (1958), primera de sus muchas versiones del maligno vampiro de Transilvania. Frente a la teatralidad, verborrea y enfático de Lugosi, la apostura de Lee y su creciente tendencia al mutismo dieron prestancia al personaje, realizando su finura intelectual, su irracionalismo instintivo, su feroz autoritarismo (siempre era dueño de la situación: ahí radicaba su fuerza), y devolviéndole por el contrario la dignidad perdida, su dimensión trágica, y sobre todo su envoltorio carnal, su animalidad primordial: en suma, su enorme impacto erótico, su acuciante sensualidad, ausente en la práctica totalidad de sus predecesores.

En posteriores películas, Lee fue extremando la visión donjuanesca, de agresivo y voluptuoso seductor, de ese monstruo de ferocidad, cuya avidez es el reverso de su frustración. Poco a poco va acentuando su maldad en la elección de sus víctimas, lo mismo que obra con mayor sigilo a la hora de sorprenderlas: en una palabra, es más cauto, si bien no puede evitar la eclosión de un paroxismo cada vez más acentuado y exasperante (esas súbitas apariciones hecho un demonio, mostrando los colmillos y con los ojos inyectados en sangre) que empobrece su psicología y le hace a veces rozar el ridículo. Más diabólicamente perfecto que nunca a la hora de la embestida, cada mordisco suyo es una ofrenda rendida al deseo y una invitación a sus víctimas para acceder a nuevas cumbres de pasión. Y en **El poder de la sangre de Drácula** (1969) su perversidad le lleva a vengarse de las hijas de los libertinos cuya misa negra permite su resurrección, propinando un tremendo varapalo a la hipócrita institución familiar victoriana, que tratará de desintegrar asumiendo decididamente el mando.

Unido para siempre al mítico per-



El hombre de la pistola de oro

sonaje de Stoker -además de protagonizar la desigual versión de Jesús Franco, **El conde Drácula** (1969), intervino en otros filmes de vampiros, como **La maldición de los Karnstein** (1962) o **El tormento de las trece doncellas** (1967), e incluso se rió de sí mismo en **Agárrame ese vampiro** (1962) o la comedia de Jerry Lewis **One More Time** (1970)-, Christopher Lee confirmó con creces, en los años sesenta y setenta, su consagración como "nuevo Karloff" del cine de terror, incorporando con brillantez a la casi totalidad de arquetipos del género como la Momia, Fu-Manchú o Rasputín. Incluso en aquellos que no protagonizó, no dejó de estar presente, aunque a veces como mero comparsa. Así por ejemplo, en **Las dos caras del doctor Jekyll** (1960) Lee interpreta al libertino amante de la esposa del doctor creado por Stevenson, en desigual disputa con el rejuvenecido y embellecido Hyde, el cual no vacila en deshacerse de él utilizando una serpiente pitón. Y en **El monstruo** (1970), su doctor Marlowe no es más que un remedo de Jekyll, que se autoadministra una droga desinhibidora, revelando así a su *alter ego* Blake, cada vez más feo con cada cambio, hasta acabar por convertirse en un patético animal asustado. Así mismo, aparecía testimonialmente en **Las manos de Orlac** (1960) como el perverso mago Nero que chantajea al patético pianista presuntamente inducido al crimen por haberle sido injertadas las manos de un asesino.

El refinado y sádico Fu-Manchú, protervo maestro de un imposible "Jardín de los suplicios", fue otro de sus grandes aciertos interpretativos. Su sutil alejamiento del canon karloffiano quedó bien patente en sus siete entregas al convertirlo más en una entidad mística a lo Drácula, ávido de placeres prohibidos, que en el ambicioso oriental que trata de conquistar el mundo y cuyo único consuelo es



la tortura, cuanto más sanguinaria y rebuscada mejor. Otro tanto puede decirse de su Rasputín, donde, sin menospreciar los antecedentes aportados por Conrad Veidt o Lionel Barrymore, Lee recalca en extremo la lubricidad del personaje, gracias a una interpretación alucinada.

La amplitud de su galería de villanos no tiene parangón con la de ningún otro actor de su generación, ni siquiera Vincent Price. Fue demoníaco agente infernal o satanista en **City Of the Dead** (1960), **Ercole al centro della terra** (1961), **La maldición del altar rojo** (1968) y dos de sus mejores trabajos, **The Wicker Man** (1973) y **La monja poseída** (1976); noble decadente y maléfico en **El castello de morti vivi** (1964) o **La frusta e il corpo** (1963), uno de sus mayores logros en Italia y tal vez el menos conocido de todos sus filmes a causa de su espíritu transgresor; inquisidor en **El proceso de las brujas** (1969); científico loco en **La montaña embrujada** (1974) o **Gremlins 2, la nueva genera-**

**ción** (1990); desalmado pirata en **The Pirates Of Blood River** (1962), **The Devil-Ship Pirates** (1964) o **The Treasure Island** (1990, versión televisiva); extraterrestre en **End Of the World** (1977) o **Starship Invasions** (1977); y finalmente retorcido cerebro criminal en **Corridors Of Blood** (1958), **Doctor Terror** (1964), **El teatro de la muerte** (1965), **The Creeping Flesh** (1972), **Dark Places** (1973) o **The Keeper** (1976). Mención aparte merece, en este apartado, su interpretación del megalómano asesino profesional Scaramanga en **El hombre de la pistola de oro** (1974), típico villano de la saga Bond. En esta película más que en ninguna otra, Lee da rienda suelta a su flema y humor típicamente ingleses, que tanto llamaron la atención en su afectada interpretación del desquiciado secuaz del cardenal Richelieu en **Los tres mosqueteros** (1973). Gélidamente británico, pero sin menosprecio del más desatado histrionismo, Lee ha sido un singular villano cinematográfico que ha marcado toda una época.